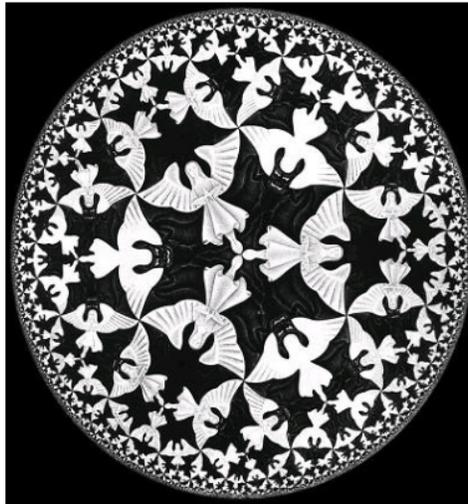


El efecto Lucifer

El Efecto Lucifer - Philip Zimbardo



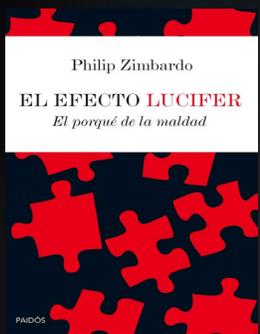
«Círculo límite IV», de M. C. Escher. © 2006 The M. C. Escher Company-Holland.
Todos los derechos reservados. www.mcescher.com

CAPÍTULO 1

La psicología del mal: transformación del carácter por la situación
La mente es su propia morada y por sí sola puede hacer del cielo un infierno y del infierno un cielo.
JOHN MILTON, El paraíso perdido

Observemos unos instantes esta extraordinaria imagen. Luego cerremos los ojos y traigámosla a la memoria.

¿Vemos mentalmente los ángeles blancos que bailan contra el cielo oscuro? ¿O vemos los demonios negros, esos diablos con cuernos que habitan el espacio blanco y refulgente del infierno? En esta ilusión del artista M. C. Escher, las dos perspectivas son posibles. Cuando tomamos conciencia de la rela-

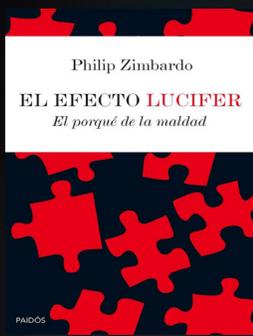


ción entre el bien y el mal no podemos ver uno sin ver el otro. En lo que sigue no dejaré que el lector vuelva a la confortable separación entre «su lado bueno y sin tacha» y «su lado malo y perverso», y a lo largo de nuestro viaje por extraños parajes le pediré que se pregunte una y otra vez: «¿Sería yo capaz de actuar con maldad?».

En la imagen de Escher se plasman tres verdades psicológicas. La primera es que el mundo está lleno de bondad y de maldad: lo ha estado, lo está y siempre lo estará. La segunda es que la barrera entre el bien y el mal es permeable y nebulosa. Y la tercera es que los ángeles pueden convertirse en demonios y, algo que quizá sea más difícil de imaginar, que los demonios pueden convertirse en ángeles.

Quizás esta imagen nos recuerde la transformación suprema del bien en el mal, la metamorfosis de Lucifer en Satanás. Lucifer, el «portador de luz», era el ángel favorito de Dios hasta que se enfrentó a la autoridad divina y fue arrojado al infierno junto con los otros ángeles caídos. «Mejor es reinar en el infierno que servir en el cielo», se jacta Satanás, el «adversario de Dios» en *El paraíso perdido* de Milton. En el infierno, Lucifer-Satanás se convierte en un embustero, en un vanidoso impostor que alardea con lanzas, trompetas y estandartes, como los dirigentes de muchos países de hoy. En el congreso demoníaco que reúne a los principales demonios del infierno, se le dice a Satanás que no podrá recuperar el cielo mediante una confrontación directa. Sin embargo, al príncipe de Satanás, Belcebú, se le ocurre la más malvada de las soluciones para vengarse de Dios: corromper su creación suprema, el género humano. Aunque Satanás tiene éxito al tentar a Adán y Eva para que desobedezcan a Dios y caigan en el mal, Dios decreta que, al final, el ser humano se salvará. Sin embargo, hasta que llegue ese momento, Satanás tiene libertad para reclutar a brujos y brujas para con su ayuda tentar a la humanidad y hacerla caer en el mal. Más adelante, estos intermediarios de Satanás se convertirían en el blanco de los fervientes inquisidores que deseaban librar al mundo del mal, aunque sus métodos horribles acabarían dando origen a una nueva forma de maldad sistémica que el mundo, hasta entonces, no había conocido.

El pecado de Lucifer es lo que los pensadores de la Edad Media llamaron cupiditas.* Para Dante, los pecados que brotan de esta raíz son los peores, los «pecados del lobo», la condición espiritual de tener en el interior de uno mismo un agujero negro tan profundo que nunca se podrá llenar con cantidad alguna de poder o de dinero. Para quienes sufren de ese mal mortal, lo que existe fuera del ego sólo tiene valor si el ego puede apropiarse de ello o explotarlo. En el infierno de Dante los culpables de este pecado se hallan en el noveno círculo, congelados en el lago de hielo. Por no haberse ocupado en vida de otra cosa salvo de sí mismos, están atrapados en un ego helado para toda la eternidad. Haciendo que las personas se centren en sí mismas de este modo, Satanás y sus seguidores les hacen apartar la mirada de la armonía de amor que une a todos los seres vivos.



Los pecados del lobo hacen que el ser humano se aparte de la gracia divina y haga del ego su único bien, un bien que acaba siendo su prisión. En el noveno círculo del infierno, los pecadores, poseídos por el espíritu del lobo insaciable, se hallan congelados en una prisión autoimpuesta donde recluso y carcelero se han fusionado en una realidad egocéntrica. En su búsqueda académica de los orígenes de Satanás, la historiadora Elaine Pagels plantea una turbadora tesis sobre el significado psicológico de Satanás como espejo de la humanidad:

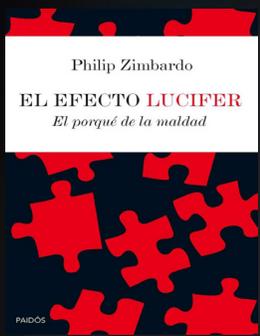
Lo que nos fascina de Satanás es su forma de expresar cualidades que van más allá de lo que habitualmente reconocemos como humano. Satanás evoca algo más que la avaricia, la envidia, la lujuria y la cólera que identificamos con nuestros peores impulsos, y algo más que lo que llamamos brutalidad, que atribuye a los seres humanos una semejanza con los animales («brutos»). Por lo tanto, el mal, en su peor especie, parece tocar lo sobrenatural, lo que reconocemos, con un estremecimiento, como el inverso diabólico de la caracterización que Martin Buber hace de Dios como «totalmente otro».²

Tememos el mal, pero nos fascina. Creamos mitos de conspiraciones malvadas y llegamos a creer en ellos lo suficiente para movilizar nuestras fuerzas en su contra. Rechazamos al «otro» por diferente y peligroso porque nos es desconocido, pero nos fascina contemplar excesos sexuales y violaciones de códigos morales cometidos por quienes no son como nosotros. El profesor de estudios religiosos David Frankfurter concluye su búsqueda del «Mal encarnado» centrándose en la construcción social de este «otro» malvado.

La construcción del Otro social como caníbal-salvaje, demonio, brujo, vampiro o una amalgama de todo ello, se basa en un repertorio coherente de símbolos de inversión. Los relatos que narramos sobre los pueblos de la periferia juegan con su salvajismo, sus costumbres libertinas y su monstruosidad. Al mismo tiempo, es indudable que la combinación de placer y horror que sentimos al contemplar esta «Otridad» —unos sentimientos que influyeron en la brutalidad de los colonos, los misioneros y los ejércitos que entraron en las tierras de esos Otros— también nos afecta en el nivel de la fantasía individual.³

TRANSFORMACIONES: ÁNGELES, DEMONIOS Y SIMPLES MORTALES

El efecto Lucifer es mi intento de entender los procesos de transformación que actúan cuando unas personas buenas o normales hacen algo malvado o vil. Nos ocuparemos de una pregunta fundamental: «¿Qué hace que la gente actúe mal?». Sin embargo, en lugar de recurrir al tradicional dualismo religioso del bien contra el mal, de la naturaleza sana contra la sociedad corruptora, veremos a personas reales realizando tareas cotidianas, enfrascadas en su trabajo, sobreviviendo en el mundo a menudo turbulen-



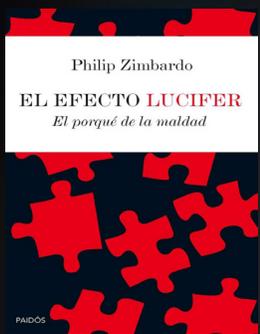
to del ser humano. Trataremos de entender las transformaciones de su carácter cuando se enfrentan al poder de las fuerzas situacionales.

Empecemos con una definición de la maldad. La mía es sencilla y tiene una base psicológica: La maldad consiste en obrar deliberadamente de una forma que dañe, maltrate, humille, deshumanice o destruya a personas inocentes, o en hacer uso de la propia autoridad y del poder sistémico para alentar o permitir que otros obren así en nuestro nombre.⁴

¿Qué es lo que impulsa la conducta humana? ¿Qué es lo que determina el pensamiento y la acción? ¿Qué hace que algunos de nosotros llevemos una vida recta y honrada y que otros parezcan caer con facilidad en la inmoralidad y el delito? Nuestra concepción de la naturaleza humana, ¿se basa en la suposición de que hay unos factores internos que nos guían por el buen o el mal camino? ¿Prestamos una atención suficiente a los factores externos que determinan nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos? ¿Hasta qué punto estamos a merced de la situación, del momento, de la multitud? ¿Estamos totalmente seguros de que hay algo que nunca nos podrían obligar a hacer?

La mayoría de nosotros nos escudamos tras unos prejuicios egocéntricos que generan la ilusión de que somos especiales. Estos escudos nos permiten creer que estamos por encima de la media en cualquier prueba de integridad personal. Nos quedamos mirando las estrellas a través del grueso lente de la invulnerabilidad personal cuando también deberíamos mirar la pendiente resbaladiza que se abre a nuestros pies. Estos prejuicios egocéntricos suelen ser más comunes en sociedades individualistas como las de Occidente que en sociedades colectivistas como las de Asia, África y Oriente Medio.⁵

En nuestro viaje por el bien y por el mal pediré al lector que se plantee tres preguntas: ¿hasta qué punto se conoce bien a sí mismo y es consciente de sus fuerzas y sus debilidades? ¿Procede este conocimiento de sí mismo de haber examinado su conducta en situaciones familiares, o bien procede de haberse hallado en situaciones totalmente nuevas que han puesto a prueba sus viejos hábitos? Siguiendo esta misma línea, ¿hasta qué punto conoce realmente a las personas con las que convive a diario: su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo y su pareja? Una tesis de este libro es que, en general, el conocimiento que tenemos de nosotros mismos se basa únicamente en experiencias limitadas a situaciones familiares donde hay reglas, leyes, políticas y presiones que delimitan nuestra conducta. Vamos a estudiar, a trabajar, de vacaciones, de fiesta; pagamos las facturas y los impuestos, día tras día y año tras año. Pero, ¿qué ocurre cuando nos hallamos en un entorno totalmente nuevo y desconocido donde nuestros viejos hábitos no bastan? Empezamos un trabajo nuevo, acudimos a una cita a ciegas, nos admiten en una hermandad, nos detiene la policía, nos alistamos en el ejército, nos unimos a una secta



o nos presentamos para participar en un experimento. Nuestro viejo yo podría no actuar de la manera esperada cuando las reglas básicas cambian.

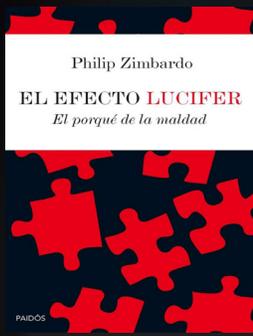
Me gustaría que a lo largo de nuestro viaje, a medida que vayamos encontrando diversas formas del mal, el lector se preguntara continuamente: «¿Yo también?». Examinaremos el genocidio de Ruanda, los suicidios y asesinatos en masa de los seguidores del Templo del pueblo en las selvas de Guyana, la matanza de My Lai en Vietnam, los horrores de los campos de exterminio nazis, las torturas cometidas por la policía civil y militar de todo el mundo, los abusos sexuales cometidos por sacerdotes católicos, y la conducta escandalosa y fraudulenta de altos cargos de las empresas Enron y WorldCom. También veremos que algunos hilos comunes a todos estos casos de maldad pasan por los maltratos a prisioneros civiles en la cárcel iraquí de Abu Ghraib que se dieron a conocer hace poco. Un hilo especialmente importante que enlaza todas estas maldades surge de una serie de estudios en el campo de la psicología social experimental, sobre todo de un estudio que se ha llegado a conocer como «el experimento de la prisión de Stanford».

¿El mal es fijo e interno o mutable y externo?

La idea de que un abismo insalvable separa a la gente buena de la mala es reconfortante por dos razones. La primera es que crea una lógica binaria que esencializa el Mal. La mayoría de nosotros percibimos el Mal como una entidad, como una cualidad inherente a algunas personas y no a otras. Al final, las malas semillas cumplen su destino produciendo malos frutos. Definimos el mal señalando a seres realmente malvados de nuestro tiempo como Hitler, Stalin, Pol Pot, Idi Amin, Saddam Hussein y otros dirigentes políticos que han orquestado matanzas atroces. También aludimos a males menores y más ordinarios, como el tráfico de drogas, las violaciones, la trata de blancas, las estafas a nuestros ancianos y el acoso escolar a nuestros hijos.

Mantener esta dicotomía entre el Bien y el Mal también exime de responsabilidad a la «buena gente». Incluso la exime de reflexionar sobre su posible participación en la creación, el mantenimiento, la perpetuación o la aceptación de las condiciones que contribuyen al crimen, la delincuencia, el vandalismo, la provocación, la violación, la intimidación, la tortura, el terror y la violencia. «El mundo es así: poco se puede hacer para cambiarlo y menos aún puedo hacer yo.»

Hay otra concepción que contempla la maldad desde un punto de vista incremental o gradual, como algo de lo que todos somos capaces en función de las circunstancias. En cualquier momento dado, una persona puede poseer en mayor o menor medida un atributo determinado, como la inteligencia, el



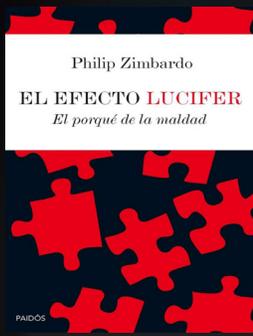
orgullo, la honradez o la maldad. Nuestra naturaleza puede virar hacia el lado bueno o el lado malo del ser humano. Según esta perspectiva incremental, las cualidades se adquieren mediante la experiencia o la práctica intensiva o por medio de una intervención externa, como el hecho de hallarse ante una oportunidad especial. En otras palabras, podemos aprender a ser buenos o malos con independencia de nuestra herencia genética, nuestra personalidad o nuestro legado familiar.⁶

Otras concepciones: disposicional, situacional y sistémica

La noción esencialista atribuye la conducta a factores disposicionales y la noción incremental la atribuye a factores situacionales. Cuando nos enfrentamos a una conducta inusual, a algún suceso inesperado, a alguna anomalía que no tiene sentido, ¿qué hacemos para intentar entenderla? El método tradicional ha consistido en identificar las cualidades personales que han dado origen a la acción: la estructura genética, los rasgos de la personalidad, el carácter, el libre albedrío y otras predisposiciones de la persona. Ante una conducta violenta buscamos los rasgos de una personalidad sádica. Ante un acto de heroísmo buscamos genes que predispongan al altruismo.

En los Estados Unidos, unos estudiantes entran armados en su instituto y matan o hieren a tiros a decenas de compañeros y profesores.⁷ En Inglaterra, dos niños de diez años de edad secuestran en un centro comercial a Jamie Bulger, de dos años, y lo asesinan brutalmente a sangre fría. En Palestina y en Irak, hombres y mujeres jóvenes se convierten en terroristas suicidas. Durante la Segunda Guerra Mundial, en la mayoría de los países europeos muchas personas protegieron a los judíos para que no fueran capturados por los nazis aun sabiendo que ponían en peligro su vida y la de sus familias. En muchos países, hay personas que denuncian prácticas ilícitas en su organización aun a riesgo de salir perdiendo. ¿Por qué?

La postura tradicional (en las culturas que destacan el individualismo) es buscar las explicaciones de la patología o del heroísmo en el interior de la persona. La psiquiatría moderna tiene una orientación disposicional. Lo mismo ocurre con la psicología clínica y con la psicología de la evaluación y la personalidad. La mayoría de nuestras instituciones se fundan en esta perspectiva, incluyendo el derecho, la medicina y la religión. Presuponen que la culpabilidad, la enfermedad y el pecado se hallan en el interior del culpable, del enfermo y del pecador. Intentan entender planteando preguntas sobre el «quién»: ¿quién es el responsable? ¿Quién lo ha causado? ¿De quién es la culpa? ¿De quién el mérito? Los psicólogos sociales (como yo mismo) nos inclinamos a evitar el criterio disposicional cuando intentamos entender las causas de una conducta inusual. Preferimos iniciar nuestra búsqueda de significado planteando preguntas sobre el «qué»: ¿qué condiciones pueden contribuir a determinadas reacciones?



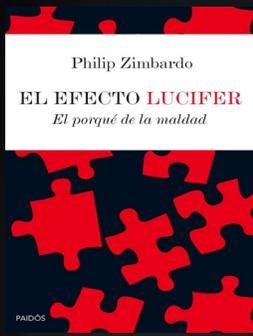
¿Qué circunstancias pueden generar una conducta? ¿Qué aspecto tiene la situación desde el punto de vista de quienes se encuentran en ella?

Los psicólogos sociales nos preguntamos en qué medida los actos de una persona se pueden deber a factores externos a ella, a variables situacionales y a procesos propios de un entorno o un marco dado.

La diferencia entre el enfoque disposicional y el enfoque situacional es parecida a la que hay entre la medicina clínica y la salud pública. La medicina clínica intenta hallar el origen de la enfermedad o la discapacidad en el interior de la persona afectada. En cambio, la salud pública presupone que los vectores de la enfermedad están en el entorno y crean las condiciones que alimentan la enfermedad. A veces, la persona enferma es el producto final de unos agentes patógenos del entorno que, con independencia de los intentos de mejorar la salud de esa persona, podrán afectar a otras si no se los combate. Por ejemplo, desde el punto de vista disposicional, a un niño que manifieste problemas de aprendizaje se le puede administrar una variedad de tratamientos médicos y conductuales para que supere el problema. Pero en muchos casos, y sobre todo entre la gente pobre, la causa del problema es la ingestión del plomo que contienen las cascarillas de pintura que caen de las paredes desconchadas de los bloques de pisos, y el problema empeora más a causa de las condiciones de pobreza: éste sería el enfoque situacional. Estas perspectivas alternativas no son simples variaciones abstractas de unos análisis conceptuales, sino que conducen a formas muy diferentes de abordar los problemas personales y sociales.

Esta distinción la deberíamos tener presente todos los que intentamos saber por qué la gente hace lo que hace y cómo se la puede cambiar para que haga las cosas mejor. Pero en las culturas individualistas es rara la persona que no se ha contagiado del prejuicio disposicional y no dirige su mirada, antes que nada, a los motivos, los rasgos, los genes y las patologías personales. Cuando intentamos entender las causas de la conducta de otras personas tendemos a sobrevalorar el peso de los factores disposicionales y a infravalorar la importancia de los situacionales.

En los siguientes capítulos presentaré abundantes pruebas que contrarrestan la visión disposicional y veremos cómo llega a transformarse el carácter de las personas en situaciones donde actúan fuerzas poderosas. Normalmente, la persona y la situación mantienen una interacción dinámica. Aunque seguramente pensamos que poseemos una personalidad constante en el tiempo y en el espacio, es probable que no sea así. No somos los mismos cuando trabajamos a solas o cuando lo hacemos en grupo, cuando nos hallamos en una situación romántica o en un ámbito educativo, cuando estamos con buenos amigos o entre una multitud anónima, cuando nos encontramos en el extranjero o en nuestro lugar habitual de residencia.

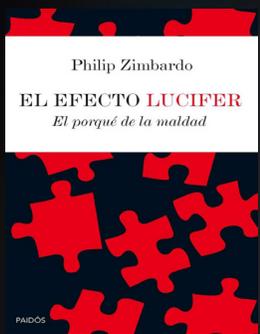


El Malleus Maleficarum y el programa IDB de la Inquisición

Una de las primeras fuentes documentadas del uso habitual de la perspectiva disposicional para entender el mal y librar al mundo de su influencia perniciosa es un texto que se convirtió en la biblia de la Inquisición, el *Malleus Maleficarum* o «Martillo de los brujos»,⁸ que era de lectura obligada para los jueces del Santo Oficio. Empieza con un acertijo que se debe resolver: ¿cómo puede seguir existiendo el mal en un mundo gobernado por un Dios todopoderoso y que es todo bondad? Una respuesta: Dios permite el mal para poner a prueba las almas de los hombres. Si cedés a la tentación, vas derecho al Infierno; si te resistes a ella, se te abren las puertas del Cielo. Sin embargo, Dios puso límites a la influencia directa del diablo sobre la humanidad por haber corrompido a Adán y Eva.

La solución del diablo fue llevar a cabo sus maldades usando a los brujos y las brujas como intermediarios con las personas a las que quería corromper. La solución para impedir la propagación del mal en los países católicos fue encontrar y eliminar a esos brujos y brujas. Para ello hacía falta identificarlos, obligarles a confesar su herejía y después acabar con ellos. El método para identificar y destruir brujos (que en nuestros tiempos podría llamarse «programa IDB») era muy simple y directo: infiltrar espías entre la población para saber quiénes practicaban la brujería, comprobar su condición de brujos obteniendo confesiones mediante el uso de diversas técnicas de tortura, y matar a quienes no superaran la prueba. He expuesto de una manera simplista lo que en realidad fue un sistema de terror, tortura y exterminio diseñado con todo cuidado, pero esta misma simplificación de la complejidad del mal fue lo que alimentó las hogueras de la Inquisición. Hacer de la «brujería» una categoría disposicional abyecta ofreció una fácil solución al problema del mal social: bastaba con identificar a todos los agentes del mal para luego torturarlos y quemarlos en la hoguera.

Tanto la Iglesia como sus Estados aliados estaban en manos de varones, por lo que no debe extrañar que se acusara de brujería a más mujeres que hombres. Las sospechosas solían ser mujeres marginadas o que suponían alguna clase de amenaza: las viudas, las pobres, las feas, las deformes y, en algunos casos, las tenidas por demasiado poderosas u orgullosas. La terrible paradoja de la Inquisición es que el deseo ardiente y muchas veces sincero de combatir el mal generó una oleada de maldad que el mundo no había visto hasta entonces. Con ella empezó el uso por parte del Estado y de la Iglesia de aparatos y métodos de tortura que eran la perversión suprema de cualquier ideal de la perfección humana. La naturaleza exquisita de la mente humana, capaz de crear grandes obras en los campos de las artes, las ciencias y la filosofía, se corrompió para idear actos de «crueldad creativa» destinados a quebrantar la voluntad ajena. El instrumental del Santo Oficio se sigue usando hoy en día en prisiones y en centros de interrogación militares y civiles de todo el mundo, donde la tortura es algo habitual (como veremos



más adelante en nuestra visita a la prisión de Abu Ghraib).⁹

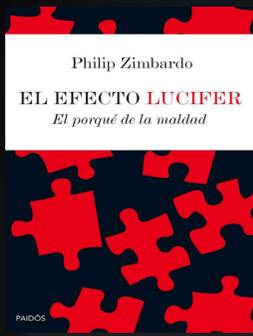
Los sistemas de poder ejercen un dominio vertical

Empecé a apreciar el poder que ejercen los sistemas cuando tomé conciencia de que las instituciones establecen mecanismos para traducir una ideología (como las causas del mal) a procedimientos operativos (como la caza de brujas del Santo Oficio). Ello nos obliga a ampliar considerablemente nuestra concepción para incluir en ella los factores de orden superior —los sistemas de poder— que crean y conforman las condiciones situacionales. Dicho de otro modo, para entender una pauta de conducta compleja es necesario tener en cuenta el sistema, además de la disposición y la situación.

Cuando se producen conductas aberrantes, ilícitas o inmorales en el seno de una institución o un cuerpo dedicado a la seguridad, como los funcionarios de prisiones, la policía o el ejército, se suele decir que los autores son unas «manzanas podridas». Esto lleva implícito que constituyen una rara excepción, que se encuentran en el lado oscuro de la línea impermeable que separa el mal del bien, y que al otro lado de esa línea está la mayoría que forman las manzanas sanas. Pero, ¿quién establece esta distinción? Normalmente la establecen los guardianes del sistema con el objetivo de aislar el problema, de desviar la atención y la culpa de quienes están más arriba y pueden ser responsables de haber creado unas condiciones de trabajo insostenibles o de no haber ejercido la debida supervisión. Pero esta atribución disposicional que habla de «manzanas podridas» pasa por alto que el cesto de las manzanas puede corromper a quienes se hallan en su interior. El análisis sistémico se centra en los creadores de ese cesto, en quienes tienen el poder de crearlo.

Los creadores del cesto son la «élite del poder», que con frecuencia actúa entre bastidores; son los que organizan en gran medida las condiciones de nuestra vida y nos obligan a dedicar nuestro tiempo a los marcos institucionales que construyen. El sociólogo C. Wright Mills ha iluminado con sus palabras este agujero negro del poder:

La élite del poder está formada por hombres cuya posición les permite trascender los entornos ordinarios de las personas ordinarias; están en la posición de tomar decisiones que tienen repercusiones vitales. Que tomen o no esas decisiones es menos importante que la posición que ocupan: el hecho de que no actúen, de que no tomen decisiones, es en sí mismo un acto que suele ser más importante que las decisiones que puedan tomar. Y es que están al mando de las principales jerarquías y organizaciones de la sociedad moderna. Dirigen las grandes empresas. Dirigen la maquinaria del Estado y reclaman sus prerrogativas. Dirigen a la clase militar. Ocupan puestos de mando estratégicos en la estructura social



que les ofrecen el medio para conseguir el poder, la riqueza y la fama de que gozan.¹⁰

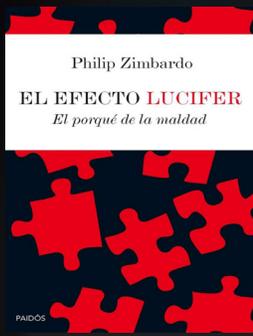
Cuando los diversos intereses de estos dueños del poder coinciden, acaban definiendo nuestra realidad de la forma que George Orwell profetizó en 1984. El complejo militar-industrial-religioso es el megasistema supremo que hoy controla gran parte de los recursos y la calidad de vida de muchos seres humanos.

Cuando el poder se alía con el miedo crónico, se hace formidable.

Los poderosos no suelen hacer el trabajo sucio con sus propias manos, del mismo modo que los capos de la mafia dejan los «accidentes» en manos de sus secuaces. Los sistemas crean jerarquías de dominio con líneas de influencia y de comunicación que van hacia abajo y rara vez hacia arriba. Cuando una élite del poder quiere destruir un país enemigo, recurre a los expertos en propaganda para crear un programa de odio. ¿Qué hace falta para que los ciudadanos de una sociedad acaben odiando a los ciudadanos de otra hasta el punto de querer segregarlos, atormentarlos, incluso matarlos? Hace falta una «imaginación hostil», una construcción psicológica implantada en las profundidades de la mente mediante una propaganda que transforma a los otros en «el enemigo». Esta imagen es la motivación más poderosa del soldado, la que carga su fusil con munición de odio y de miedo. La imagen de un enemigo aterrador que amenaza el bienestar personal y la seguridad nacional da a las madres y a los padres el valor para enviar a sus hijos a la guerra y faculta a los gobiernos para reordenar las prioridades y convertir los arados en espadas de destrucción.

Todo esto se hace con palabras e imágenes. El proceso se inicia creando una imagen estereotipada y deshumanizada del otro que nos presenta a ese otro como un ser despreciable, todopoderoso, diabólico, como un monstruo abstracto que constituye una amenaza radical para nuestras creencias y nuestros valores más preciados. Cuando se ha conseguido que el miedo cale en la opinión pública, la amenaza inminente de este enemigo hace que el razonable actúe de una manera irracional, que el independiente actúe con obediencia ciega y que el pacífico actúe como un guerrero. La difusión de la imagen visual de ese enemigo en carteles y en portadas de revistas, en la televisión, en el cine y en Internet, hace que esa imagen se fije en los recovecos de nuestro cerebro primitivo, el sistema límbico, donde residen las potentes emociones del miedo y el odio.

El filósofo social Sam Keen describe con brillantez cómo usan la propaganda prácticamente todos los países que van a la guerra para crear esta imaginación hostil, y revela el poder transformador de estas «imágenes del enemigo» en la psique humana.¹¹ En realidad, las justificaciones del deseo de acabar



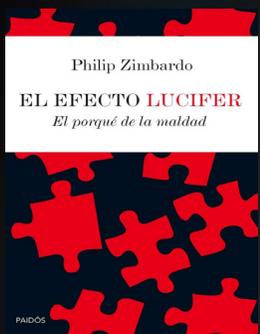
con la amenaza surgen después, en forma de explicaciones pensadas para la historia oficial que no sirven para el análisis crítico del daño que se va a causar o que se está causando.

El caso más extremo del poder de esta imaginación hostil es cuando justifica el genocidio, el plan de un pueblo para eliminar de la faz de la tierra a todo el que considere su enemigo. Conocemos los métodos usados por la maquinaria propagandística de Hitler para transformar a vecinos, compañeros de trabajo e incluso amigos judíos en enemigos despreciables del Estado mercedores de la «solución final». Este proceso se había sembrado en los libros de texto de primaria mediante imágenes y palabras que describían a los judíos como seres despreciables que no merecían compasión. En este punto me gustaría considerar brevemente un ejemplo reciente de intento de genocidio y del uso de la violación como arma contra la humanidad. Después mostraré que un aspecto de este complejo proceso psicológico, el componente de la deshumanización, se puede investigar por medio de experimentos controlados que aíslan sus rasgos fundamentales para someterlos a un análisis sistemático.

CRÍMENES CONTRA LA HUMANIDAD: GENOCIDIO, VIOLACIÓN Y TERROR

Tres mil años de literatura nos han enseñado que ninguna persona o Estado es incapaz de actuar con maldad. En el relato que hacía Homero de la guerra de Troya, Agamenón, jefe de las fuerzas griegas, dice a sus hombres antes de que se enfrenten al enemigo: «¡Ninguno de los que caigan en nuestras manos se libre de tener nefanda muerte, ni siquiera el que la madre lleve en el vientre, ni ése escape! ¡Perezcan todos los de Ilio, sin que sepultura alcancen ni memoria dejen!». Estas viles palabras las pronuncia un ciudadano noble de una de las naciones-Estado más civilizadas de su tiempo, la tierra de la filosofía, de la jurisprudencia, del teatro clásico.

Vivimos en el «siglo de las matanzas». Más de cincuenta millones de personas han sido asesinadas sistemáticamente por fuerzas militares y civiles dispuestas a cumplir con las órdenes de matar decretadas por sus gobiernos. En 1915, los turcos iniciaron la matanza de un millón y medio de armenios. A mediados del siglo XX, los nazis asesinaron al menos a seis millones de judíos, tres millones de prisioneros de guerra soviéticos, dos millones de polacos y centenares de miles de «indeseables». Mientras el imperio soviético de Stalin asesinaba a veinte millones de rusos, las políticas del gobierno de Mao Zedong dieron como resultado un número de muertes aún mayor, hasta treinta millones de sus propios conciudadanos. El régimen comunista de los jermes rojos exterminó a más de un millón y medio de ciudadanos de su propio país, Camboya. Se ha acusado al partido Baaz de Saddam Hussein de haber asesinado a



cien mil kurdos iraquíes. En 2006, el genocidio ha estallado en la región de Darfur, en la República de Sudán, un conflicto del que la mayor parte del mundo ha apartado la mirada.¹²

Prácticamente las mismas palabras que dijera Agamenón hace tres mil años se han oído en nuestra época en el país de Ruanda, mientras los hutus gobernantes aniquilaban a sus anteriores vecinos, los integrantes de la minoría tutsi. Una víctima recuerda que uno de sus torturadores le dijo: «Vamos a matar a todos los tutsis y habrá un día en que los niños hutus tendrán que preguntar cómo era un niño tutsi».

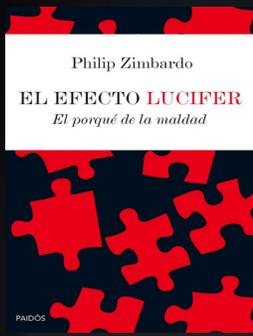
Las violaciones de Ruanda

Los pacíficos tutsis de Ruanda, en el África Central, aprendieron que un simple machete, usado contra ellos con mortal eficiencia, podía ser un arma de destrucción masiva. La matanza sistemática de tutsis por parte de sus anteriores vecinos, los hutus, se extendió por todo el país en pocos meses, durante la primavera de 1994, cuando los escuadrones de la muerte mataron a miles de hombres, mujeres y niños inocentes con machetes y garrotes con clavos. En un informe de Naciones Unidas se calcula que en sólo tres meses fueron asesinados entre 800.000 y un millón de ruandeses, haciendo de esta matanza la más atroz de la historia conocida. Tres de cada cuatro tutsis fueron asesinados.

Los hutus mataban a sus amigos y vecinos cumpliendo órdenes. Diez años después, un asesino hutu decía en una entrevista: «Lo peor de aquella matanza fue matar a mi vecino; solíamos beber juntos y su ganado pastaba en mis tierras. Era como un pariente». Una madre hutu explicaba cómo había matado a golpes a los niños que vivían en la casa de al lado, que la miraban con los ojos llenos de asombro porque habían sido amigos y vecinos toda la vida. Dijo que alguien del gobierno le había dicho que los tutsis eran sus enemigos y les había dado un garrote a ella y un machete a su esposo para luchar contra aquella amenaza. Justificaba la matanza diciendo que había sido como hacer «un favor» a aquellos niños, que se habrían convertido en unos huérfanos indefensos porque sus padres ya habían sido asesinados.

Hasta hace poco no se ha reconocido el uso sistemático de la violación de las mujeres tutsis como táctica para sembrar el terror y la aniquilación espiritual. Según algunos informes, todo empezó cuando un alcalde hutu, Silvester Cacumbibi, violó a la hija de un amigo suyo y luego hizo que la violaran otros hombres. La joven contó más tarde que Cacumbibi le había dicho: «No malgastaremos balas contigo; te violaremos y eso aún será peor».

A diferencia de las violaciones de mujeres chinas por parte de soldados japoneses en Nanking (que se describirán más adelante), donde los detalles de la pesadilla se habían desdibujado por unos defectos



en los primeros informes y por la renuencia de los chinos a revivir aquella experiencia contándosela a extraños, se sabe mucho de la dinámica psicológica de la violación de las mujeres ruandesas.¹³

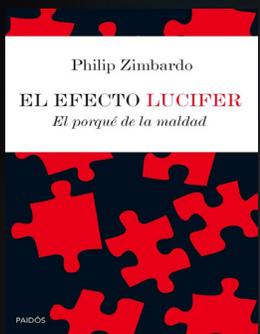
Cuando los habitantes de la ciudad de Butare se defendieron del ataque de los hutus, el gobierno provisional envió a una persona muy especial para que se ocupara de lo que el gobierno consideraba una sublevación. Esta persona, la ministra nacional de la mujer y la familia, era hija predilecta de Butare porque se había criado en la ciudad. Pauline Nyiramasuhuko, una tutsi que en su anterior trabajo como asistente social daba conferencias sobre los derechos de la mujer, era la única esperanza de aquella gente. Pero aquella esperanza se desvaneció de inmediato.

Pauline organizó una trampa mortal prometiendo a los habitantes de Butare que Cruz Roja les daría comida y refugio en el estadio de la ciudad; pero lo que esperaba a los inocentes que se acercaron al estadio era una banda de milicianos hutus (los interahamwe) que acabaron con todos ellos. Los ametrallaron, les lanzaron granadas y los supervivientes fueron asesinados a machetazos.

Pauline ordenó a los milicianos que violaran a las mujeres antes de matarlas. Dio gasolina de su coche a otro grupo de asesinos que custodiaban a setenta mujeres y niñas y les ordenó que las quemaran vivas. También les conminó a que las violaran antes de matarlas. Uno de aquellos jóvenes le dijo a un traductor que no las podían violar porque «habíamos estado matando todo el día y estábamos muy cansados. Nos limitamos a meter la gasolina en botellas y la esparcimos por las mujeres; después, les prendimos fuego».

Una joven, Rose, fue violada por el hijo de Pauline, Shalom, que decía tener «autorización» de su madre para violar a mujeres tutsis. Fue la única mujer tutsi a la que se dejó vivir para que pudiera informar a Dios como testigo del genocidio. Luego se la obligó a mirar mientras su madre era violada y asesinaban a veinte parientes suyos.

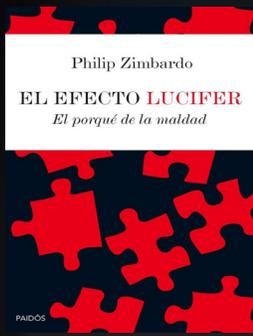
En un informe de Naciones Unidas se calcula que durante este breve período de terror fueron violadas por lo menos 200.000 mujeres y que muchas de ellas fueron asesinadas después. «Algunas fueron penetradas con lanzas, cañones de fusil, botellas o estambres de banano. Mutilaban sus órganos sexuales con machetes, agua hirviendo y ácido; les cortaban los pechos de cuajo» (pág. 85). «Empeorando aún más las cosas, las violaciones, que en su mayoría eran cometidas por muchos hombres seguidos, solían ir acompañadas de otras formas de tortura física y se realizaban en público para multiplicar el terror y la degradación» (pág. 89). También se utilizaban para reforzar públicamente el vínculo social entre los asesinos hutus. Las violaciones en grupo suelen dar origen a esta clase de camaradería.



No hubo límite para aquellas atrocidades. «Una mujer ruandesa de cuarenta y cinco años de edad fue violada por su hijo de doce años —que tenía el hacha de un interahamwe en la garganta— delante de su esposo, mientras se obligaba a sus otros cinco hijos a mantenerle las piernas abiertas» (pág. 116). La propagación del sida entre las supervivientes de aquellas violaciones sigue causando estragos en Ruanda. «Usar una enfermedad, una plaga, a modo de terror apocalíptico, de guerra biológica, aniquila a los procreadores y perpetúa la muerte durante generaciones», afirma Charles Strozier, profesor de historia del John Jay College of Criminal Justice de Nueva York (pág. 116).

¿Cómo podemos ni siquiera empezar a entender las fuerzas que actuaron para convertir a Pauline en una clase nueva de criminal, en una mujer que orquestó una matanza de mujeres enemigas? Una combinación de historia y de psicología social nos puede ofrecer un marco de referencia basado en las diferencias de poder y de estatus. En primer lugar, Pauline se había sentido conmovida por la sensación de inferioridad de las mujeres hutus ante la belleza y la altivez de las mujeres tutsis. El hecho de que fueran más altas y de piel más clara, y de que tuvieran unos rasgos más caucásicos, las hacían más deseables para los hombres.

A principios del siglo XX el poder colonial belga y germánico estableció una distinción racial arbitraria para diferenciar a dos pueblos que llevaban siglos casándose entre sí, que hablaban la misma lengua y que compartían la misma religión. Obligaron a todos los ruandeses a llevar encima un documento de identidad en el que constara si pertenecían a la mayoría hutu o a la minoría tutsi, y reservaron para los tutsis el acceso a la enseñanza superior y los cargos de la administración. Esto había sido otro acicate para el deseo de venganza de Pauline. También es cierto que Pauline era una oportunista política en una administración dominada por hombres y que quiso demostrar su lealtad, su obediencia y su fervor patriótico ante sus superiores orquestando unos crímenes que ninguna mujer había cometido antes que ella. Instigar las matanzas y las violaciones de los tutsis también fue más fácil, porque se les trataba como si fueran entes abstractos y se les aplicaba el término deshumanizador de «cucarachas», algo que era necesario «exterminar». Aquí tenemos un documento vivo de la imaginación hostil que pinta los rostros del enemigo con matices odiosos y luego destruye la tela. Por inconcebible que nos pueda parecer que alguien pueda inspirar deliberadamente unos crímenes tan monstruosos, Nicole Bergevin, la abogada de Pauline en su juicio por genocidio, nos recuerda que «cuando te encargas de juicios por asesinato te das cuenta de que todos somos vulnerables aunque ni siquiera podamos soñar con ser capaces de cometer estos actos. Pero te acabas dando cuenta de que todos somos vulnerables. Me podría pasar a mí, le podría pasar a mi hija. Te podría pasar a ti» (pág. 130). La acreditada opinión de Alison Des Forges, de Human Rights Watch, que ha investigado muchos de estos bárbaros crímenes, destaca aún



con más claridad una de las tesis principales de este libro. Des Forges nos obliga a ver nuestro propio reflejo en estas atrocidades:

Esta conducta se halla justo bajo la superficie de cualquiera de nosotros. Las descripciones simplificadas de un genocidio permiten distanciarnos de sus autores. Son tan malvados que no podemos ni imaginarnos haciendo lo mismo. Pero si tenemos en cuenta la terrible presión bajo la que actuaban, automáticamente vemos reafirmada su humanidad y eso es algo muy alarmante. Nos vemos obligados a contemplar la situación y a preguntarnos: «¿Qué habría hecho yo?». A veces, la respuesta no es nada alentadora (pág. 132).

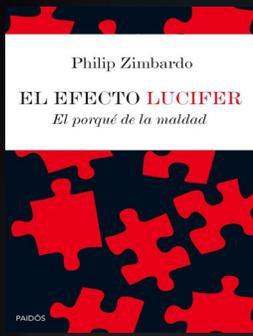
El periodista francés Jean Hatzfeld entrevistó a diez miembros de la milicia hutu que hoy se encuentran en prisión por haber asesinado a golpes de machete a miles de civiles tutsis.¹⁴ Los testimonios de estos hombres corrientes —la mayoría de ellos agricultores y religiosos practicantes, aunque también había un antiguo maestro de escuela— son escalofriantes por la descripción que hacen, con toda naturalidad y sin remordimiento alguno, de aquella crueldad inconcebible. Sus palabras nos obligan una y otra vez a afrontar lo inimaginable: que el ser humano es capaz de renunciar por completo a su humanidad por una ideología irreflexiva, de cumplir hasta el exceso las órdenes de unas autoridades carismáticas de que destruya a todo aquel al que etiqueten como «enemigo». Reflexionemos sobre algunos de estos relatos, que hacen palidecer el A sangre fría de Truman Capote.

«Había matado a tanta gente que ya no le daba importancia. Pero quiero dejar claro que, desde el primero hasta el último que maté, no me arrepentí ni una sola vez.»

«Cumplíamos órdenes. Estábamos todos entusiasmados. Formábamos equipos en el campo de fútbol y salíamos de caza como si fuéramos hermanos.»

«Si en el momento de matar alguno sentía pena y vacilaba, tenía que mirar muy bien lo que decía y procurar no revelar sus dudas por temor a que le acusaran de complicidad.» «Matamos a todos los que hallamos escondidos entre el papiro. No había razón para elegir, esperar o temer a nadie. Descuartizamos a conocidos, descuartizamos a vecinos, no hacíamos más que descuartizar.»

«Sabíamos que nuestros vecinos tutsis no eran culpables de nada, pero culpábamos a todos los tutsis de nuestros problemas. Ya no los mirábamos uno a uno, ya no los reconocíamos como habían sido, ni siquiera a los colegas. Se habían convertido en una amenaza mayor que todo lo que habíamos compartido, mayor que nuestra forma de ver las cosas en la comunidad. Así era como pensábamos al matarlos.»



«Cuando encontrábamos a un tutsi en los pantanos ya no veíamos a un ser humano, a una persona como nosotros, con sentimientos y pensamientos similares. La cacería era salvaje, los cazadores eran salvajes, las presas eran salvajes: el salvajismo se apoderaba de todo.»

La reacción especialmente conmovedora de Berthe, una de las tutsis supervivientes, ante la brutalidad de aquellos asesinatos y violaciones, expresa un tema que volveremos a tratar más adelante:

«Antes sabía que un hombre podía matar a otro porque es algo que siempre ha sucedido. Ahora sé que hasta la persona con la que has compartido comida, o con la que has dormido, te puede matar sin problemas. El vecino más cercano te puede matar con los dientes: esto es lo que he aprendido del genocidio, y mis ojos ya no ven el mundo como antes.»

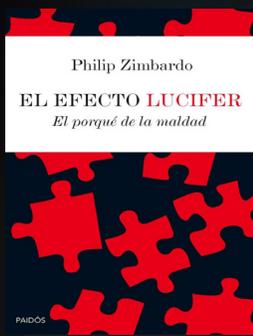
En su obra *Shake Hands with the Devil*, el teniente general Roméo Dallaire ha expuesto con toda crudeza sus experiencias como comandante de la fuerza de paz de Naciones Unidas en Ruanda.¹⁵ Aunque pudo salvar a miles de personas gracias a su heroico esfuerzo, Dallaire se quedó destrozado al no poder conseguir más ayuda de Naciones Unidas para impedir muchas más atrocidades. Acabó sufriendo un grave trastorno por estrés postraumático como víctima psicológica de aquella masacre.¹⁶

La violación de Nanking

El horror de la violación es tan gráfico, y por ello tan fácil de visualizar, que usamos el término metafóricamente para describir las inconcebibles atrocidades de otra guerra. Los soldados japoneses asesinaron entre 260.000 y 350.000 civiles chinos en unos meses sangrientos de 1937. Estas cifras superan las muertes causadas por el bombardeo atómico de Japón y el número de civiles que murieron en los países europeos durante la Segunda Guerra Mundial.

Aparte del número de chinos asesinados, es importante reconocer la «creatividad malvada» de sus torturadores, que llegaron a convertir la muerte en una liberación. La investigación de aquel horror realizada por Iris Chang ha revelado que se usó a varones chinos para hacer prácticas de bayoneta y para concursos de decapitación. Se calcula que fueron violadas entre 20.000 y 80.000 mujeres. Muchos soldados iban más allá de la violación y las destripaban, les cortaban los pechos o las clavaban vivas a la pared. Obligaban a los padres a violar a sus hijas y a los hijos a violar a sus madres bajo la mirada del resto de la familia.¹⁷

La guerra engendra crueldad y actos brutales contra cualquiera que sea señalado como «el enemigo»,

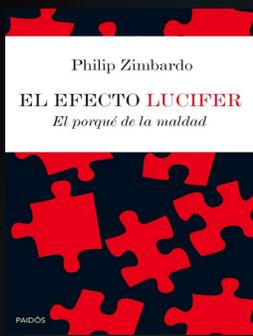


como «el otro» deshumanizado y diabólico. La violación de Nanking es conocida por los detalles gráficos de los atroces extremos a los que llegaron los soldados para degradar y destruir a civiles inocentes, a «enemigos no combatientes». Sin embargo, si sólo fuera un caso aislado y no un capítulo más de la historia de las atrocidades cometidas contra civiles, podríamos pensar que fue una anomalía. Pero las tropas británicas ejecutaron y violaron a civiles durante la guerra de la Independencia estadounidense. Se calcula que hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, y entre 1945 y 1948, los soldados del Ejército Rojo violaron a unas 100.000 mujeres en Berlín. Además de las violaciones y los asesinatos de más de 500 civiles en la masacre de My Lai en 1968, en unos documentos secretos desclasificados hace poco por el Pentágono se describen 320 casos de atrocidades cometidas por soldados estadounidenses contra civiles vietnamitas y camboyanos.¹⁸

Deshumanización y desconexión moral en el laboratorio

Podemos dar por sentado que la mayoría de las personas, en la mayoría de las ocasiones, son seres morales. Pero imaginemos que esta moralidad es como un cambio de marchas que en ocasiones se sitúa en punto muerto. Cuando ocurre esto, la moralidad se desconecta. Si el coche se encuentra en una pendiente, tanto él como el conductor se precipitan cuesta abajo. Dicho de otro modo, lo que determina el resultado es la naturaleza de las circunstancias, no la destreza o las intenciones del conductor. Creo que esta sencilla analogía expresa uno de los temas importantes de la teoría de la desconexión moral desarrollada por mi colega de Stanford Albert Bandura. En un capítulo posterior examinaremos su teoría porque nos ayudará a explicar por qué algunas personas, por lo demás buenas, acaban haciendo el mal. Por ahora deseo centrarme en el estudio experimental que realizaron Bandura y sus ayudantes porque ilustra la facilidad con que se puede desconectar la moral mediante la táctica de deshumanizar a una posible víctima.¹⁹ En una elegante demostración que pone de manifiesto el poder de la deshumanización, veremos que una sola palabra aumenta la agresividad hacia una persona. Veamos cómo se desarrolló este experimento.

Imaginemos que somos estudiantes universitarios, que nos hemos presentado como voluntarios para un estudio de la resolución de problemas en grupo, y que pasamos a formar parte de un equipo de tres personas de nuestra facultad. Nuestra tarea es ayudar a los estudiantes de otra facultad a mejorar su capacidad para la resolución de problemas castigándolos cuando cometan errores. Los castigos consisten en descargas eléctricas cuya intensidad podemos aumentar en pruebas sucesivas. Después de tomar nuestros nombres y los del otro equipo, el asistente abandona la sala para decirle al experimentador que el estudio puede empezar. Habrá diez pruebas y en cada una de ellas podremos decidir la intensidad de la descarga que vamos a administrar al otro grupo de estudiantes que se encuentran en la sala



adyacente a la nuestra.

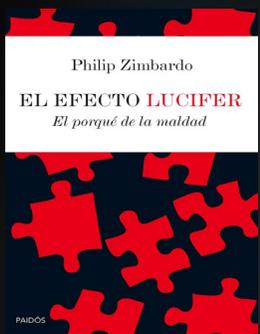
Sin que nos demos cuenta de que forma parte del experimento, «por casualidad» oímos por el interfono que el asistente se queja al experimentador diciendo que los otros estudiantes «son unos animales». No lo sabemos, pero en otras dos condiciones para las que han sido asignados al azar otros estudiantes como nosotros, el asistente describe a los otros estudiantes diciendo que son «muy buena gente» o no dice nada de ellos.

¿Tendrán algún efecto estas etiquetas tan simples? Al principio parece que no. En la primera prueba todos los grupos responden administrando unos niveles bajos de descarga, alrededor del nivel 2. Pero pronto empieza a tener importancia lo que ha oído cada grupo acerca de los otros estudiantes. Si no sabemos nada de ellos, las descargas que administraremos tendrán una media cercana al nivel 5. Si hemos pensado en ellos como «buena gente», los trataremos de una manera más humanitaria y el promedio de la intensidad de nuestras descargas se situará en torno al nivel 3. Sin embargo, el hecho de imaginarlos como «unos animales» anulará la compasión que podamos sentir por ellos y, cuando cometan errores, empezaremos a aplicarles descargas de una intensidad cada vez mayor, significativamente mayor que en las otras condiciones, hasta llegar al nivel 8, el más elevado.

Pensemos unos instantes en los procesos psicológicos que ha activado en nuestra mente una simple etiqueta. Hemos oído que una persona a la que no conocemos personalmente le dice a una autoridad a la que nunca hemos visto que otros estudiantes como nosotros parecen «unos animales». Este único término descriptivo modifica nuestra construcción mental de esos otros. Nos distancia de la imagen de unos jóvenes universitarios que deben de ser muy parecidos a nosotros. Ese nuevo estado mental tiene un poderoso impacto en nuestra conducta. Las racionalizaciones a posteriori que generaron los estudiantes para explicar por qué habían aplicado unas descargas tan fuertes a esos estudiantes que parecían «unos animales» fueron igual de fascinantes. Este ejemplo de estudio experimental controlado para investigar procesos psicológicos subyacentes a casos de violencia del mundo real se examinará con más detalle en los capítulos 12 y 13, cuando veamos cómo han estudiado los científicos de la conducta diversos aspectos de la psicología del mal.

Nuestra capacidad de conectar y desconectar selectivamente nuestros principios morales [...] explica por qué la gente puede ser cruel en un momento y compasiva en el siguiente.

Las horrendas imágenes de los maltratos en la prisión de Abu Ghraib



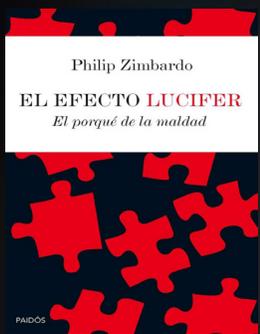
La fuerza impulsora que hay detrás de este libro fue la necesidad de entender mejor el cómo y el porqué de los maltratos físicos y psicológicos que unos miembros de la policía militar estadounidense infligieron a prisioneros de la cárcel iraquí de Abu Ghraib. Cuando las pruebas fotográficas de estos maltratos dieron la vuelta al mundo en mayo de 2004, todos pudimos ver, por primera vez en la historia, a jóvenes, hombres y mujeres, estadounidenses aplicando unas formas inconcebibles de tortura a unos civiles a los que supuestamente debían custodiar. Vemos a torturadores y torturados en aquel muestrario de depravación que los soldados mismos documentaron con fotografías.

¿Por qué guardaron esas pruebas fotográficas de sus actos delictivos sabiendo que si se hubieran descubierto les hubieran traído muchos problemas? En esas «fotos de trofeo» que recuerdan a las de los cazadores de antaño que posaban con orgullo sobre las piezas que habían abatido, vemos a unas mujeres y unos hombres sonrientes maltratando a unos prisioneros reducidos a la condición de animales. Hay imágenes de golpes y patadas a prisioneros; de soldados que saltan sobre sus pies; de prisioneros desnudos obligados a formar pirámides humanas o a llevar unas bragas en la cabeza; de prisioneros obligados a masturbarse o a simular felaciones en presencia de mujeres soldado que sonríen al verlo y de otros que les fotografían y les graban en vídeo; de prisioneros colgados de las vigas de las celdas durante largos períodos de tiempo; de un prisionero arrastrado por el suelo con una correa de perro atada al cuello; de prisioneros aterrorizados ante unos perros militares sin bozal.

La imagen más emblemática que salió de aquella mazmorra y se difundió por las calles de Irak y por todos los rincones del planeta fue la del «hombre del triángulo»: un detenido con capucha, de pie sobre una caja y en una postura forzada, con los brazos extendidos que salían de debajo de una manta y con unos cables eléctricos conectados a los dedos. Se le había dicho que sería electrocutado cuando le fallaran las piernas y se cayera de la caja. No importaba que los cables no fueran a ningún lugar; lo importante era que él creía en esa mentira y que su sufrimiento debió de ser insoportable. Aún había más fotos horribles y vergonzosas que el gobierno estadounidense no dio a conocer al público para no dañar aún más la credibilidad y la imagen moral del ejército estadounidense y de la administración Bush. He visto centenares de esas imágenes y puedo confirmar que son horripilantes.

Me quedé profundamente abatido al ver aquel sufrimiento, aquel despliegue de arrogancia, aquella indiferencia ante la humillación de unos prisioneros indefensos. También me dejó atónito saber que una soldado que acababa de cumplir los veintiún años de edad y que había participado en los maltratos los había descrito como «pura y simple diversión».

Estaba escandalizado, pero no sorprendido. Los medios de comunicación y los «ciudadanos de a pie»



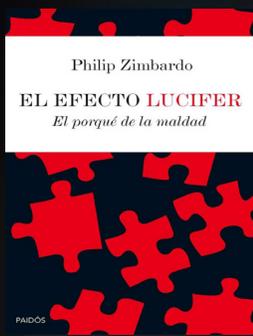
de todo el mundo se preguntaban cómo podían ser capaces de cometer esas maldades aquellos siete hombres y mujeres a los que sus mandos militares habían calificado de «soldados sin escrúpulos» y de «manzanas podridas». En cambio, yo me preguntaba qué circunstancias pudieron inclinar la balanza en aquella galería de la prisión y hacer que incluso unos buenos soldados cometieran aquellas maldades. Y quiero dejar claro que proponer un análisis situacional de esos delitos ni los excusa ni los hace moralmente aceptables. Pero yo quería hallar el significado de aquella locura. Quería entender cómo era posible que, en tan poco tiempo, el carácter de aquellos jóvenes se hubiera transformado hasta el punto de llegar a cometer esos actos inconcebibles.

Universos paralelos: Abu Ghraib y la prisión de Stanford

La razón de que las imágenes y los informes de aquellos maltratos en «la pequeña tienda de los horrores» de Abu Ghraib me escandalizaran, pero no me sorprendieran, fue que ya había visto algo parecido. Cerca de treinta años atrás, en un proyecto que yo mismo había diseñado y dirigido, ya había presenciado unas escenas similares: reclusos desnudos y encadenados, con una bolsa cubriéndoles la cabeza, carceleros pisándoles la espalda mientras hacían flexiones o vejándolos sexualmente, reclusos sufriendo bajo una tensión extrema. Algunas imágenes visuales de aquel experimento son virtualmente idénticas a las de los guardias y los prisioneros de la remota prisión de Abu Ghraib.

Los estudiantes universitarios que hicieron de reclusos y carceleros en la prisión simulada del experimento realizado en la Universidad de Stanford en el verano de 1971 se reflejaban en esos prisioneros y guardias reales del Irak de 2003. Y yo no sólo había presenciado aquellos sucesos: también había sido el responsable de crear las condiciones que los permitieron. Como investigador principal del proyecto diseñé un experimento en el que unos estudiantes normales, sanos e inteligentes iban a desempeñar al azar los papeles de reclusos o de carceleros en un entorno carcelario simulado con realismo en el que iban a vivir y trabajar varias semanas. Los estudiantes que me ayudaban en la investigación —Craig Haney, Curt Banks y David Jaffe— y yo mismo queríamos entender en alguna medida la dinámica que actuaba en la psicología del encarcelamiento.

¿Cómo se adapta la gente normal a esta clase de entorno institucional? ¿Cómo se plasman las diferencias de poder entre carceleros y reclusos en sus interacciones cotidianas? Si colocamos a gente buena en un lugar malo, ¿la persona triunfa o acaba siendo corrompida por el lugar? La violencia endémica de la mayoría de las prisiones reales, ¿surgiría en una prisión llena de buenos chicos de clase media? Éstas eran algunas de las cuestiones que deseábamos investigar en lo que empezó siendo un simple estudio de la vida en prisión.



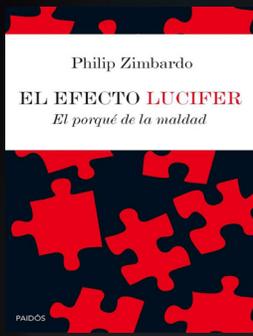
ESTUDIAR EL LADO OSCURO DE LA NATURALEZA HUMANA

Como diría el poeta Milton, el viaje que vamos a emprender hará que nos adentremos en la «oscuridad visible». Nos llevará a lugares donde el mal, sea cual sea su definición, ha acabado triunfando. Conoceremos a muchas personas que han cometido atrocidades con otras, muchas veces motivadas por unos fines elevados, por la mejor de las ideologías, por un imperativo moral. Advierto al lector que a lo largo del camino nos encontraremos con demonios, aunque puede que se sienta decepcionado por su banalidad y por su parecido con cualquier vecino suyo. Con su permiso, y como guía de esta aventura, le invitaré a ponerse en el lugar de esas personas y a mirar con sus ojos para que se haga una idea del mal más completa, más cercana y personal. A veces, lo que veremos será pura y simplemente horroroso, pero si no examinamos y entendemos las causas de ese mal no podremos cambiarlo, contenerlo o transformarlo mediante decisiones fundadas y medidas sociales innovadoras.

El sótano del Jordan Hall de la Universidad de Stanford es el telón de fondo que emplearé para ayudar al lector a entender cómo era ser recluso, carcelero o subdirector de prisión en aquella época y aquel lugar tan especial. Aunque aquel estudio es muy conocido por la prensa y por algunas publicaciones académicas, hasta ahora no se ha dado a conocer toda su historia. Narraré los acontecimientos tal como se produjeron, en primera persona y en tiempo presente, exponiendo en orden cronológico los hechos más destacados de cada día y de cada noche. Después de que hayamos considerado las implicaciones éticas, teóricas y prácticas del experimento de la prisión de Stanford, ampliaremos las bases de nuestro estudio psicológico del mal examinando una serie de estudios experimentales y de campo realizados por psicólogos que ilustran el poder que ejercen las fuerzas situacionales en la conducta individual. Analizaremos con cierto detalle los estudios realizados sobre la conformidad, la obediencia, la desindividuación, la deshumanización, la desconexión moral y la maldad de la pasividad o la inacción.

Como dijera el presidente Franklin Roosevelt; «El hombre no es prisionero del destino, sino de su propia mente». Las prisiones son una metáfora de los límites literales o simbólicos a la libertad. El experimento de la prisión de Stanford empezó como una prisión simbólica y se acabó convirtiendo en una prisión totalmente real en la mente de los reclusos y carceleros. ¿Qué otras prisiones que limitan nuestras libertades básicas nos imponemos a nosotros mismos? Los trastornos neuróticos, la carencia de amor propio, la timidez, los prejuicios, la vergüenza y el miedo excesivo al terrorismo, son algunas de las quimeras que limitan nuestro potencial para la libertad y la felicidad y que nos impiden apreciar plenamente el mundo que nos rodea.²¹

Dotados de estos conocimientos volveremos a centrar nuestra atención en Abu Ghraib. Pero ahora ire-



mos más allá de los titulares de prensa y de las imágenes de televisión para considerar con más detalle cómo era ser un prisionero o un guardia de aquella infame prisión cuando se produjeron los maltratos. La tortura, con las formas nuevas que ha adoptado desde la Inquisición, irrumpirá de lleno en nuestro estudio. Llevaré al lector al consejo de guerra de uno de aquellos policías militares y veremos las secuelas negativas de sus actos. A lo largo de nuestro viaje aplicaremos todo lo que sabemos de los tres componentes de la interpretación que hacemos desde la psicología social, y nos fijaremos en la actuación de las personas en una situación creada y mantenida por fuerzas sistémicas. Someteremos a juicio a la estructura del mando militar estadounidense, a altos mandos de la CIA y a altos cargos del gobierno estadounidense por su complicidad en la creación del sistema enfermizo que alimentó las torturas y los maltratos de Abu Ghraib.

En la primera parte del capítulo final ofreceré algunos consejos para hacer frente a las influencias sociales no deseadas, para fortalecer nuestra resistencia a los señuelos de los profesionales de la influencia. Queremos saber cómo podemos combatir las tácticas de control mental que intentan someter nuestra libertad de elección a la tiranía de la conformidad y la obediencia y que emplean el miedo para hacernos dudar. Aunque proclamo el poder de la situación, también pregono el poder de las personas para actuar de una manera consciente y crítica, como ciudadanos informados, con criterio y determinación. Entender cómo actúa la influencia social y tomar conciencia de que todos somos vulnerables a su poder sutil y penetrante nos convertirá en consumidores sensatos y críticos que no cederán con facilidad ante dinámicas de grupo, a la influencia de autoridades, a llamamientos persuasivos, a estrategias de conformidad.

Quisiera acabar planteando una pregunta opuesta a la del principio. En lugar de pedir al lector que considere si es capaz de hacer el mal, me gustaría que considerara si es capaz de actuar con heroísmo. Mi argumentación final introduce el concepto de la «banalidad del heroísmo». Creo que todos somos héroes en potencia a la espera del momento situacional adecuado para tomar la decisión de actuar a favor de los demás sin pensar en sacrificios ni riesgos personales. Pero aún queda por hacer un largo viaje antes de llegar a esta feliz conclusión. Así que, ¡andiamo!

Dijo el poder al mundo, «Eres mío». Y el mundo lo mantuvo cautivo en su trono. Dijo al mundo el amor, «Tuyo soy». Y el mundo le brindó la libertad de su hogar.